

*A los que murieron por la causa de España.
A cuantos guardan fidelidad a su memoria
y a la razón de su sacrificio.*

INTRODUCCIÓN A LAS EDICIONES ANTERIORES

La creación de una leyenda es, en determinadas circunstancias, fácil tarea. Y con pocos escrúpulos resulta asimismo fácil y cómodo emplearla como instrumento para la defensa de intereses dudosos, para el descargo de una responsabilidad, o para la simple satisfacción del odio, la venganza, el resentimiento o la antipatía. Con demasiada frecuencia se prefiere en nuestros días urdir laboriosamente un complicado tejido de falsedades a mantener a pecho descubierto la propia razón y sostener gallardamente los propios actos y creencias. Como también se prefiere cargar en cuenta ajena lo que da en rostro a los genes que demostrar cumplidamente su verdad, o, en suma, calumniar al adversario a contender leal y noblemente con el en campo abierto.

Al servicio de todo eso -pasiones, temores, enconos o intereses- la creación de una leyenda se emprende como una tarea sistemática. Ella no es difícil si se tienen a mano instrumentos de poder y de riqueza para su difusión y toda una red enmarañada de intereses creados dentro de un área de soborno, de complicidad a de sumisión. Una vez compuesta la versión falsa, pero verosímil, de los hechos a cuya luz la propia posición queda exaltada a segura y envilecida a comprometida la del enemigo, todo es dejar que esa versión se lance por la pendiente de la inercia, de la estulticia, de la cobardía a de la complacida malevolencia de las gentes.

Al principio la falsa moneda de la leyenda sólo es admitida por la manchada conciencia de sus autores y divulgada por sus cómplices indirectos. Acógenla en seguida los innumerables que apenas viven para otra cosa que para captar noticias -las que sean- y difundirlas deportivamente. Muchas veces sólo por el gusto de hablar. Otras por resentimiento, por envidia de cualquier fortuna, a porque en su congénita mezquindad siempre prefieren en la duda la versión mas dañina.

Un poco más tarde las gentes situadas a mayor distancia de los hechos -de la intimidad de las causas y razones de los hechos-, gentes sencillas, aun de buena fe, entran a participar, por pereza mental o por dificultad de acceder a la verdad, en la versión legendaria. Aceptada por la fe o por la maldad la leyenda cunde y se consolida.

En vano los que honrada y valerosamente conocen la verdad de los hechos desvirtuados tratan de combatirla. El intento se traduce en una atmósfera de angustia y de asco. Con lo que aun le queda a la leyenda, ala mentira sistematizada, cumplir el estrago peor, porque los conocedores de la verdad, que fueron los mismos protagonistas de los hechos deformados, hartos y fatigados por su lucha desigual contra esa ingente fuerza, acaban por rendirse, por hacerse indiferentes, a no ser -lo que todavía es peor- que acaben perdiendo la memoria y acomodándose claudicantemente a la versión común que el tiempo se encargara de hacer inapelable. De esta manera se extingue el sano apetito por la verdad que es un valor social de primer orden.

¿Quién en estos días que vivimos no siente la angustia y esta al borde de caer en el desaliento de la pasividad que produce la sensación de la impotencia ante un mundo de mentiras? Mentiras que tergiversan hechos históricos, que condenan a pueblos enteros, que infaman a personas con honor y con ideal, o exaltan a los que no lo tienen, que tratan, en fin, de defender o salvar una situación, un mundo de situaciones difíciles, por ese medio cómodo y envilecedor de la leyenda.

Así y todo la responsabilidad de emperezarse en esa atmósfera es muy grande. Ante una situación universal de ese volumen creo que cada uno ha de procurar enfrentarse con la parte de leyenda que más de cerca le toque para intentar destruirla y restablecer la verdad.

Una leyenda grave se ha tramado en estos tiempos sobre España. Otra de menos cuantía incluida en la leyenda española -en la de dentro y en la de fuera- me afecta a mí personalmente. Dejando a un lado hasta donde no me sea posible el aspecto personal -si acepto mis defectos, mis errores y mis culpas, no tengo por que cargar con endosos poco gallardos, ni me gusta ser un personaje inventado confesare que el primer afán de este libro radica en poner lo que de mi parte pueda para situar la verdad de España allí donde ahora esta encastillada la leyenda. Harto se me alcanza que la total ausencia de objetividad en esta hora turbia de pasión que el mundo vive hará particularmente incómoda y arriesgada mi tarea, pero la dificultad no ha de ser nunca excusa para el cumplimiento del deber.

Pienso que mi situación en la vida de España durante los pasados años me da alguna posibilidad para intentarlo. Pero he de advertir que no coincido con el criterio de quienes aquí pretenden sustituir una leyenda adversa a España por otra leyenda favorable. Importa mucho huir también de esta otra deformación. Ala mentira y a la tergiversación sólo se las puede combatir con la verdad y con la honrada sinceridad. Volverse atrás, renegar o tratar de esconder las posiciones efectivamente mantenidas, los hechos consumados o las palabras dichas, sólo puede ser bueno para que a la incredulidad, al error, o a la maldad de los que acusan, se acumule el desprecio. Este libro no va a contener ninguna retractación, ninguna tergiversación habilidosa, ninguna falsedad "conveniente", ningún secreto sensacional que de a los hechos de la política española -y de mi intervención en ella- otro carácter que el que tuvieron de un modo limpio y manifiesto. Pero en cambio va a tratar, según he dicho, de situar aquellos hechos en su verdad exacta y en la exacta intención de su real significado. Claro esta, según también ya he dicho, que nadie debe entender que con ello quiera significar que no he de reconocer, confesar y proclamar errores cometidos. Ciertamente que no todo lo que hicimos en España fue inspirado por el don de profecía (que por supuesto tampoco acompañó durante los pasados lustros a muchos mortales) pero si que fue hecho -atendidas circunstancias de lugar y de tiempo- con un legitimo y autentico sentido de la conveniencia de España y esto basta y sobra para nuestra justificación. Mas, en ultimo termino, políticamente no son las "intenciones" las que deben juzgarse sino los "hechos" y es sobre estos sobre los que versará este libro, que no es mas que una anticipación de un libro mas minucioso, documentado y acabado que un día, cuando Dios sea servido, publicare yo o publicaran mis hijos. Durante mucho tiempo pensé que mi deber era callar hasta entonces. Sin embargo las frecuentes alusiones de que vengo siendo objeto me fuerzan a proceder de este otro modo. Y ya que hoy no me sea licito decirlo todo, algo puedo y aun debo decir.

A la lealtad que debo a mis convicciones y afectos, y a la que a mi mismo me debo no faltare -Dios mediante- en las páginas que siguen. Mucho menos aun a la que debo a mi Patria. Mi sinceridad sólo tendrá un límite, y el limite quedara impuesto exclusivamente por esas dos lealtades. Un límite cuantitativo, no cualitativo. Con lo que quiero expresar que en este libro sólo pienso decir lo que se conforme ala verdad. Pero no toda la verdad que se -especialmente en orden a la política interior de España- porque ello no es ahora

preciso, y pudiera ser en algún modo inoportuno. De momento no he de perder, ni conviene que pierda de vista el lector, que este es un libro circunscrito a unas necesidades polémicas frente a la leyenda exterior e interior de la España actual y de mi actuación en ella, tal como la polémica ha quedado planteada en esa leyenda. Extenderme ahora a más sería ocioso y cada día, según el Evangelio, seguirá trayéndonos su propio afán.

Madrid, octubre de 1946